

—¡Vuestro ramo de flores, señora!— dijo Lissac, el cual continuaba muy pálido y cuya voz temblaba.

—Es verdad— contestó Adriana.

Y cogiendo las flores, y sin atreverse á mirar á Guy, salió del gabinete apoyándose en el brazo de Ramel.

Guy de Lissac se quedó solo, moviendo tristemente la cabeza.

—¡Pobre criatura adorada!— dijo.— Si hubiese yo sido bastante joven para no comprender dónde nos conducía su locura, ó bastante depravado para aprovecharme de ella, ¡vaya una tontería gorda que íbamos á hacer esta noche!.... ¡Vamos, tal vez algún día me sea premiado este arranque de noble generosidad!....

Agachóse para coger una rosa que se le había caído á Adriana, y riendo, miróla con cariño y se dijo guardándosela en el bolsillo del frac:

—A todas edades se es colegial. ¡Por lo menos éste es un recuerdo de amor que no irán á robarme de mi casa los polizontes de Jouvenet!

VII.

Al levantarse al día siguiente después de una noche de fiebre, Sulpicio experimentó una sensa-

ción de total abatimiento moral. Parecíale que había perdido á un ser querido; parecíale que en aquel silencioso palacio había alguien muerto. No se atrevía á presentarse á su esposa, porque no sabía qué decirle. Para bajar á su despacho cruzó por los salones, aun engalanados con las flores ya marchitas de la noche anterior. Hojas arrancadas á las gardenias, pétalos desprendidos de las acacias yacían por el suelo en el abandono propio del día siguiente á una gran fiesta. Los muebles, despojados de sus fundas, tenían cierto aspecto parecido al de las personas recién despiertas, después de una noche de insomnio y de agitación. Sentóse delante de su mesa de despacho, con la cabeza pesada, y empezó á mirar papeles con aire distraído. Siempre lo mismo; un montón de telegramas, de partes oficiales optimistas, de extractos apasionados de los periódicos del día. Nada nuevo, nada interesante. Todo iba bien; la gente estaba cansada y sin ganas de historias.

El Ministro seguía inmóvil, absorto, como después de una noche de dolores y de enfermedad, cuando se presentó Warcolier, que entró en el despacho con su solemnidad acostumbrada, con sus frases rimbombantes y su actitud de dómine. Iba á manifestar al Ministro que se distinguía en el

horizonte algo que pudiera ser importante y hasta de mal agüero. Granet estaba preparándose para hacer una interpelación. Ciertó que era sobre un hecho sin importancia, puesto que se trataba únicamente de una cuestión de etiqueta á propósito de una procesión ocurrida en Tarbes. Esto era sólo un pretexto, pero serviría tal vez para ganar votos á la mayoría del *futuro Ministerio*. El anciano Enrique de Prangrins, que esperaba ocasión de pescar una cartera, que estaba hambriento de poder, apoyaba á Granet: «El hombre que no ha de ser jamás Ministro se coliga con el Ministro inevitable.»

—¿Y á mí qué me importa?—dijo Vaudrey con tono de indiferencia.

¡Granet! ¡Prangrins! ¡Tenía otras cosas en que pensar! ¡Adriana lo sabía todo, y Mariana lo engañaba miserablemente! ¡Y se casaba con Rosas!

Warcolier, siempre muy grave, mostróse sorprendido ante la falta de energía del señor Ministro. Esperaba verlo en muy distinta actitud. ¿Acaso iba Vaudrey á abandonar la partida? ¿Tan seguro era el éxito de Granet? Warcolier se lo sospechaba, y buena prueba de ello era que había adoptado sus precauciones por aquel lado. Pero en verdad que si Granet era el sol que sale, Vau-

drey abdicaba voluntariamente de su papel de sol que se pone. Aquello no era la puesta de un sol, sino una caída vergonzosa. En el alma de Warcolier, admirador del éxito, penetró un profundo desprecio hacia aquel hombre.

—¿De modo, señor Presidente, que no comprendéis?....

Vaudrey irguióse bruscamente, en uno de esos accesos repentinos de energía que le eran peculiares. Dió con el puño cerrado un golpe en la mesa donde se hallaba su cartera abierta, y exclamó:

—¡Comprendo que Granet quiere esta cartera!..... ¡Pues sea!..... No le tengo ningún cariño; ¡pero aun no la ha cogido!

—¡Gracias á Dios! Es digno de los hombres de temple levantar la frente con orgullo, delante de los adversarios.

Y el Subsecretario sonrió de una manera maliciosa que pasó inadvertida para el Presidente del Consejo, harto preocupado, en aquel momento, para fijarse en esas menudencias.

Propúsose combatir enérgicamente contra Granet, como medio de distraer su tristeza y de emplear su actividad en asuntos que le hiciesen olvidar sus desgracias y contrariedades domésticas.

—Está bien — dijo á Warcolier.—¡Que Granet

nos interpele cuando quiera!..... Dentro de ocho días, mañana, hoy mismo; estoy dispuesto á contestarle en el acto.

— ¡Nos interpele!..... — pensaba Warcolier.— Que *me* interpele, debería decir.

Él ya sabía á qué atenerse para un porvenir muy próximo.

Vaudrey se preguntaba si debía ir á ver á Adriana. ¡No! ¿Qué le diría? Mejor era dejar pasar un poco de tiempo, y así sería más fácil que se curase la herida. Y además, si había de derrotar á Granet, no disponía de muchas horas para prepararse. El astuto personaje estaría sin duda resuelto á obrar con rapidez.

— ¡Lo veré en la Comisión de presupuestos! — pensó Vaudrey.

Aquel día necesitaba hacerse verdadera violencia para tomar interés en un combate parlamentario, que algunos meses antes lo habría apasionado. Y es que ya había pasado su luna de miel con el poder. Le habían hecho demasiado efecto, uno á uno, los desengaños y sinsabores de una posición que deseaba adquirir para *hacer el bien de la patria*, para reformar y para dar libertades, tarea en la cual tropezó, á cada paso y desde el primer momento, con la rutina, con las ideas rancias, con las

ambiciones menudas, con todos los intereses materiales, con todos los egoísmos. Había soñado una especie de quimera que condujera el país rápidamente hacia el progreso, y se había visto cogido, cogido en el enmohecido engranaje de una máquina usada. Entonces, poco á poco, el cansancio y el disgusto habían ido entrando en el corazón de aquel creyente que quería vivir, afirmarse y concluir con todo género de abusos, y al cual sus compañeros de Gabinete, y los Directores generales, y los Jefes de Sección, y los Jefes de Negociado, y hasta el Presidente de la República, le repetían de continuo: «¡No innovéis! ¡Dejad que las cosas sigan como están y como han estado siempre!»

¡Ah! ¡era cosa de sacudir el yugo é intentar lo imposible! Vaudrey se hallaba colocado entre sus ensueños más queridos y las más desconsoladoras realidades. No se le pedían reformas, sino destinos. No era el progreso lo que perseguían aquellos hombres encargados de la suerte del país, sino el progreso de sus intereses particulares. Vaudrey sentía verdaderas náuseas. Iba sintiendo desprecio hacia esos diputados que asaltaban su despacho é invadían su antesala para pedir, reclamar, pretender y solicitar, ahogados á su vez por las solicitudes de sus electores, cada uno de los cuales tenía

algo que pedirles. Aparecían á los ojos de Sulpicio, no como servidores, sino como criados del sufragio universal. Aquel rebajamiento indignaba á Sulpicio. Comprendía, y se espantaba, que Francia iba poco á poco convirtiéndose en un vasto mercado de promesas, una nación en la cual todo el mundo pedía destinos á algunos que, por conservar los suyos, los prometían todos. Los Ministros, agarrados á sus carteras, se convertían en criados de los diputados, á su vez, criados de los electores. Todo se hallaba cogido en una gran red espesísima de solicitudes y agiotajes. ¡Y en medio de esa situación, odio al talento verdadero, egoísmo irritante, estrechez espantosa de ideas!

En tiempo del Imperio, cuando el Emperador, desolado, veíase solo y buscaba á un hombre, Vaudrey recordaba haber oído contar la historia de aquella campanilla famosa de las Tullerías, destinada espécialmente á avisar á los chambelanes la entrada en Palacio de un semblante nuevo ó la visita de un desconocido, á fin de que la camarilla, advertida de aquel modo, tuviese tiempo de ponerse en guardia en contra del recién llegado, el cual podía convertirse en un auxiliar del amo, pero que de seguro sería un peligro para sus servidores. Sulpicio no oía aquella campanilla invisible y

sorda, pero la adivinaba, la adivinaba cerca de él, y veía á los interesados, siempre dispuestos á echar de su lado al desconocido; comprendía que su alambre secreto hallábase colocado en torno de los poderosos, lo mismo de los de un día que de los de un cuarto de siglo, y que mientras en el mundo hubiese gente en el poder, habría cortesanos, y que esos cortesanos impedirían de continuo que el desconocido, es decir, la verdad, llegase á las esferas del poder, á fin de que no fuese un verdadero peligro para ellos.

Así es que sentía náuseas y desprecio por aquel poder pasajero, que él, á su pesar, no había podido aprovechar como quería. Un poder que lo ponía á merced de la mala lengua de un colega, de un enemigo, á la merced de ese otro ser abstracto y omnipotente á quien con tanta facilidad se disgusta: la opinión pública.

Había visto bien de cerca las intrigas miserables, los entristecedores agiotajes, el interior de la cocina política, cuyos personajes, ese Warcolier con su facundia retórica, ese Granet con su eterna sonrisa de superioridad y de protección, eran siempre los que tenían cogida la sartén por el mango. Recordaba una frase que Dionisio Ramel le repetía con frecuencia: «¿A qué desvivirse

por lograr un asiento de sol, cuando los de sombra son siempre los mejores?» Sentía verdaderos furros contra sus propias ambiciones, contra su falta de energía para salvar los obstáculos, hombres é ideas rutinarios, y recordaba con terrible angustia su entrada en la vida política, su entrada luego en el Ministerio, y sus ilusiones perdidas y sus sueños de convertirse en grande hombre. «¡Un gran Ministro, quiero ser un gran Ministro!»

—¡Sí, sí, se es Ministro, y gracias! ¡Y es bastante, y á veces demasiado! Allá veremos lo que hará ese Granet que se promete hacer tantas y tan grandes cosas!

Y Vaudrey reía nerviosamente.

—¿Qué ha de hacer? ¡nada, nada y nada! La cosa es bien sencilla. Para hacer algo se necesita ser un grande hombre y no un politiquillo de esos á quienes deslumbran las alturas del poder. ¡Ah, demonios! ¡Ser un grande hombre! ¡Ahí es nada! *¡That is the question!*

Y así se exaltaba á impulsos de la lucha terrible que sostenían su antigua fe política y sus esperanzas desvanecidas, contra el resultado negativo de sus esfuerzos. Todo esto, sin embargo, no era una razón para no seguir luchando. Aquel día había consejo en el Elíseo, y allá fué. Pero lo

mismo que todas las demás cosas en aquellos momentos de abatimiento y de disgusto, el palacio presidencial le pareció lúgubre y mezquino también.

Un ujier vestido de frac y corbata blanca, con su cadena de plata al cuello, se paseaba como de costumbre por la antesala, con los zapatos llenos del polvillo que habían hecho saltar de la alfombra los pies de una multitud de pretendientes y funcionarios. Los mecheros de gas encendidos en pleno día, como en las tiendas de Londres, se reflejaban en las paredes, frías y relucientes como el mármol. Las puertas sin cerraduras, manparas rojas con clavos dorados, abríanse y cerrábanse sin hacer ruido, y sobre los divanes veíanse multitud de pretendientes que aguardaban, con el cansancio y el abatimiento pintados en el semblante, á que les llegase el turno para ser recibidos.

De cuando en cuando el ruido, ya próximo, ya lejano, de los timbres eléctricos alteraba el abrumador silencio de aquellas habitaciones. Vaudrey, que había llegado antes que sus compañeros de Gabinete, entreteníase en contemplar irónicamente aquel espectáculo Un ordenanza, un gendarme llegó, entregó un pliego y se llevó en cambio un

recibo firmado por el ujier que estaba de guardia. Aquella era toda la vida que se observaba en el suntuoso palacio.

Un hombre de aspecto marcial, alto, buen mozo, correctamente vestido, pasó saludando cortésmente al Presidente del Consejo de Ministros; luego Jovenet, el prefecto de policía, con aquel aspecto de pasante de escribanía, se acercó al Ministro y lo saludó también. Vaudrey le devolvió el saludo con frialdad.

—¡Tengo que hablar con vos, señor Prefecto.

—Está bien, señor Presidente.

A pesar del soldado de infantería que estaba de centinela en la puerta del palacio, y de los ordenanzas que llenaban el portal, parecióle á Vaudrey que todo aquello no tenía un aspecto solemnemente oficial, sino el aire melancólico de una instalación provisional.

—¡Bah! Y aun cuando no tuviese que volver á poner aquí los pies—decía para sus adentros pensando en la anunciada interpelación de Granet—¿qué me importa?

Dijéronle primero en el Consejo de Ministros, y luego en la Cámara, que Granet no haría su interpelación hasta el día siguiente.

Vaudrey tenía tiempo sobrado para prepararse.

En la Comisión de presupuestos, donde encontró á Granet, *el Ministro futuro* le hizo una pregunta fuera de tono, relativa á ciertos gastos hechos en su Ministerio. Vaudrey, irritado, estuvo á punto de convertir aquello en un lance personal. ¡Pues no faltaba más sino que sus competidores fueran ahora á sospechar de su moralidad! Sólo suponerlo era ya demasiado. Sulpicio contestó con gran dureza y altivez al ambicioso diputado, el cual aseguró que *su compañero y amigo el señor Presidente del Consejo de Ministros* habíase equivocado acerca del sentido de sus palabras, y que nada más lejos de su ánimo.....

—¡Ah! eso es otra cosa—interrumpió Vaudrey.

No sentía que la interpelación no se hiciese en el acto, porque al día siguiente podría tener colocadas todas sus baterías en defensa. Y además, así podría pensar en calmar á Adriana, y hasta en reconquistarla tal vez. Cuando volvió al Ministerio, preguntó á los criados si la señora estaba indispueta. La señora había salido. Había ido como quien va en triste peregrinación al cementerio, á su casita de la Calzada de Antin, donde muy bien se hubiese podido poner un epitafio donde se dijera: *aquí yace mi felicidad.*

En efecto: aquella casa era como la tumba de su amor.

No quería volver á ver á Sulpicio. Aquella noche, sin embargo, consintió en hablarle.

Su pobre semblante se hallaba muy pálido y como contraído por lo horrible de sus pesares.

—Buscad un pretexto cualquiera—le dijo—que estoy mala, ó cualquier cosa, porque me voy á Grenoble inmediatamente. He escrito á mi tío, el cual me espera. Un sitio en su casa es lo único que me queda ya en este mundo.

—¡Adriana!—murmuró Sulpicio.

Ella cerró los ojos, porque tal vez aquella voz suplicante le causaba nuevos dolores; pero no hizo ni un solo movimiento, ni pronunció ni una sola palabra. Era un autómata que andaba. Ni siquiera en sus ojos leíase expresión de reproches ni de cólera. Parecían apagados y mortecinos.

En ella había algo de la muerte.

—Espero—añadió al cabo de un momento—que mi firme resolución no os causará ningun perjuicio en vuestra carrera política. En todo caso haría un esfuerzo supremo para cumplir mi deber. Pero la gente no se preocupará por saber si estoy en París ó en Grenoble. ¡Les importo tan poco!

Él quiso detenerla con un gesto; pero ya ella

sin aguardar respuesta había penetrado en su habitación, y Vaudrey comprendió que desde aquel momento, entre su mujer y él, se levantaba un muro infranqueable. No le quedaba más remedio que amar á Mariana.

¿Amar á Mariana? ¡Ah! sí; ¡el desventurado seguía amándola como un loco! Sentía lástima cuando pensaba en Adriana, y sentía cólera al pensar en Mariana; pero positivamente la idea de que su mujer abandonaba para siempre á París, le causaba menos pesar que la idea de que su querida se casaba con Rosas.

Fué á casa de Mariana aquella misma noche.

Allí le dijeron los criados que la señorita estaba en el teatro. ¿En cuál? ¿Con quién? Ni Juan ni la doncella lo sabían.

Vaudrey se despreciaba al verse haciendo esas preguntas á criados que, de seguro, en cuanto volviera la espalda se reírían de él, poniéndolo en ridículo.

—¡Oh! ¡miserable! ¡tonto!—se decía.—¡La única mujer que te amaba era Adriana!

Y sin embargo, con los ojos de la imaginación, veía en las horas de su pasado amor á Mariana, cuyo recuerdo le trastornaba y le hacía estremecerse de los pies á la cabeza, ¡y quería volver á

ver sus destrenzados cabellos cayendo sobre la almohada, y sentir de nuevo sus enloquecedoras caricias! Calculaba con feroz egoísmo que la cólera y la resolución de Adriana le daban por el momento una libertad más completa, y que Mariana podría ser más suya si quería serlo.

Había escrito á la señorita de Kayser. La carta se quedó sin respuesta. Decíale que iría á su casa al día siguiente cuando terminara la sesión de la Cámara.—Muy tarde, añadía, porque la sesión será probablemente muy larga. Larga y decisiva, puesto que de ella dependería la vida del Ministerio.

La interpelación de Granet no le preocupaba demasiado. Aquella mañana se hizo cargo del extracto de los periódicos. La opinión parecía favorable al Ministerio Vaudrey, *á excepción de algunos periódicos de una intolerancia intransigente, de los cuales no hay para qué ocuparse*, decía el extracto. Vaudrey no se acordó entonces de que la vispera de la caída del Ministerio Picherau, el Negociado de la prensa hablaba casi en los mismos términos de aquel Gabinete.

—¡Tendré sesenta votos de mayoría!—pensaba;—¡y todo se habrá salvado..... menos el honor!

Y se acordaba de Adriana y no podía contener un suspiro.

La sesión de la Cámara le preparaba un desgano cruel. El astuto Granet había preparado muy bien su plan de ataque. El Ministerio Vaudrey tenía el terreno minado por todas partes, en virtud de hábiles trabajos de zapa, que Vaudrey no había echado de ver. Granet había prometido actas y destinos, y habíase comprometido á mantener á otros en sus sitios. Llegó, pues, al asalto del Ministerio, seguido por un batallón compacto de gentes interesadas en su triunfo, porque era el de ellos también. No reprochaban á Vaudrey nada, como no fuese el haber dado todos los Gobiernos y Subgobiernos, las plazas de consejeros y las cruces de la Legión de Honor, y sobre todo el haber durado mucho tiempo en el poder. Vaudrey debía caer, más que por sus propias faltas, porque había otros impacientes por conseguir el poder. Granet estaba ya cansado de ser siempre el *Ministro futuro*, y quería que le llegase el turno. Quería afirmar su política, y aseguraba que el país, cansado de las vacilaciones y componendas de Vaudrey, deseaba un Gabinete más homogéneo. ¡La homogeneidad! No había nada que decir contra esa política. Granet era partidario de una política homogénea. ¡Decididamente el Presidente de la República debía llamar á sus consejos á un Ministe-

rio homogéneo! El tal vocablo era todo el programa de Granet. ¿Para qué más?

—¿Conque Granet es homogéneo?—decía tratando de echarlo á broma Sulpicio, sentado en el banco ministerial y dirigiéndose en voz baja á sus compañeros de Gabinete, en tanto que Luciano Granet hablaba en la tribuna con una mano metida entre dos botones del pecho de su levita.

A pesar del chiste del Presidente del Consejo, que algunos habían podido oír perfectamente, nadie confiaba en su actitud fría y expectante, nadie, ni sus colegas, que se sentían amenazados, ni los que de ordinario le aplaudían, que entonces lo veían á punto de ser derrotado. Navarrot, el constante *jaleador* de todos los Ministerios, aplaudía á rabiar el discurso de Granet. El *señor Ministro* comprendió que se iba convirtiendo en un *ex Ministro*. Sentía en torno suyo algo así como el vacío producido por una máquina neumática.

El voto de censura envuelto por Granet en las fórmulas correctas de una páfida cortesía parlamentaria—aceite de ricino diluído en agua de naranja, como decía á media voz Sulpicio, empeñado en aparentar tranquilidad en los momentos de la derrota;—aquel voto de censura que era la sentencia de muerte del Gabinete Vaudrey, fué apro-

bado por una mayoría considerable: 122 votos.

Para Sulpicio era una derrota espantosa.

—¡Ciento veintidós diputados—decía luego en voz alta en los pasillos—á quien sin duda había negado el nombramiento de algún alcalde ó la destitución de algún estanquero!

Warcolier, siempre digno, le hizo observar con su lenguaje acostumbrado que aquella manera de defenderse carecía un poquillo de la nobleza que tan bien sienta á la derrota noblemente soportada.

Vaudrey no tenía más remedio que presentar su dimisión. Estaba derrotado, derrotado en toda la línea. Volvió al palacio Beauvau, y después de haber redactado él mismo su dimisión, fué á llevársela personalmente al Presidente de la República. El Jefe del Estado la aceptó sin emocionarse, como un empleado del registro de una oficina toma nota de cualquier documento que se presenta en su negociado. Dos ó tres frases triviales manifestando su sentimiento, un apretón de manos diplomática y oficialmente simpático, y se acabó.

Vaudrey regresó al Ministerio y dió orden á los criados de prepararlo todo para trasladarse á su casa.

—¿Cuándo, señor Ministro?